

mostrado tan prudentes hasta entonces, vieron que el rey y hasta Mr. de Haugwitz, miraban como posibles y aun verdaderas las traiciones que se atribuían á Francia, no vacilaron por mas tiempo, adoptándose en consecuencia por unanimidad la resolución de volver á poner en pié de guerra á todo el ejército prusiano. La mayoría del consejo, incluso el rey, vió en ello una medida de seguridad, y Mr. de Haugwitz un modo de contestar satisfactoriamente á los que decían que quería entregar la Prusia á Napoleon.

De pronto se esparció en Berlin la voz, de que el rey se habia decidido á hacer un armamento, que se habian suscitado graves dificultades entre Prusia y Francia, que hasta se habian descubierto riesgos secretos, y una especie de traicion meditada, con lo cual se esplicaba la presencia de tropas francesas en Suabia, Franconia y Westfalia. La opinion muchas veces agitada, pero siempre contenida por el ejemplo del rey, en quien tenia confianza, se pronunció violentamente, sucediendo en el corazon de los súbditos lo mismo que habia sucedido en el del príncipe.—Teníamos razon, se oía por todas partes, en decir que Francia respetaria á Prusia ni mas ni menos que á Austria, y que queria invadir la Alemania para asolarla; que los partidarios de la alianza francesa eran hombres engañados ó traidores; que Mr. de Hardenberg no estaba vendido á la Inglaterra, sino Mr. de Haugwitz á Francia; que al fin era preciso conocerlo, aunque fuese ya tarde; que seis meses antes y no hoy, es decir, la vispera ó al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, era cuando debian haber tomado las armas; que poco impor-

taba á mayor abundamiento; pues aunque tarde, era preciso defenderse ó perecer, y que Inglaterra y Rusia acudirian sin duda á socorrer á cualquiera que hiciese frente á Napoleon, que así como así los franceses habian vencido á austriacos faltos de energia, y á rusos sin instruccion; pero que no harian lo mismo con los soldados del gran Federico.

Los que vieron á Berlin en aquella época, dicen que nunca habia habido allí semejante ejemplo de exaltacion y entusiasmo. Entonces fué cuando conoció Mr. de Haugwitz con terror, que habia ido demasiado lejos del objeto que se habia propuesto alcanzar, pues queria simples demostraciones, y le pedian la guerra. El ejército la reclamaba á voz en grito, y la reina, el príncipe Luis y la corte, contenidos hacia poco por espresa voluntad del rey, dieron rienda suelta á su ojeriza, diciendo que desde aquel dia eran buenos alemanes y prusianos, puesto que al fin oían la voz del interés y del honor, y dejaban de hacerse ilusiones con una alianza tan páfida como deshonorosa: ¡aquello sí que era digno, segun ellos, de sí mismos y del Gran Federico, fundador de la monarquía prusiana! Nunca se ha visto delirio igual, sino donde la multitud puede mas que los hombres prudentes, y las cortes manejan á los reyes que son débiles.

¿Qué es lo que sucedia sin embargo que pudiese justificar semejante arrebato? Estando Prusia para firmar en 1805 un tratado de alianza íntima con Francia, so pretesto de que se habia invadido violentamente el territorio de Anspach, se dejó llevar de las instancias de la coaliccion euro-

pea, los gritos de la aristocracia alemana y las caricias de Alejandro, firmando el tratado de Postdam, lo cual era una especie de traicion. Viendo luego que Francia triunfaba en Austerlitz, mudó bruscamente de partido, y aceptó el Hannover de manos de Napoleon, despues de haberlo aceptado algunos dias antes de manos de Alejandro. Napoleon quiso de buena fe atraérsela con aquel regalo, y esperaba aquella prueba para ver si podia fiarse de ella; pero, abochornada Prusia, no se atrevió á confesar públicamente que habia admitido dicho regalo, casi se disculpó con los ingleses de haber ocupado el Hannover, no tomando entre Napoleon y sus enemigos la posicion franca que era preciso tomase si queria inspirarle confianza. Disgustado Napoleon con semejantes relaciones, formó secretamente el proyecto de recobrar el Hannover, para conseguir de Inglaterra una paz que no tenia esperanzas de poder imponerle por medio de la alianza con Prusia; pero pensaba indemnizarla, aunque nada dijo, dudando si debia ó no franquearse con una corte á quien no tenia en estima. ¿Puede esto compararse con la conducta de Prusia, que conservaba relaciones en secreto con Rusia por medio de Mr. de Hardemberg, á pesar del tratado formal de alianza firmado en Schoenbrunn, y renovado en Paris el dia 15 de febrero? Seguramente que no. El error que cometió Napoleon se reducía á faltas de atencion, en que nunca debió caer, pero disculpaba, si no justificaba, Prusia con su conducta equívoca.

Lo que hay en realidad es que Prusia se hallaba humillada con el papel que habia hecho, ater-

rada con el aislamiento en que iba á verse si Inglaterra y Rusia se reconciliaban con Francia, desasosegada con la idea de los tratamientos que entonces tendria que sufrir de parte de Napoleon, sin que nadie se compadeciese de ella, y en este estado estaba dispuesta á creer las voces mas falsas é inverosimiles. En todo cuanto sucedia en Berlin solo habia una cosa verdadera y honrosa, y era el patriotismo aleman humillado con los triunfos de Francia, y pronto á estallar al menor pretexto, fuese fundado ó no lo fuese; pero este sentimiento estallaba fuera de tiempo. Cuando Napoleon dejó á Boloña en 1805, debieron declararse abiertamente en favor de Francia, diciendo los motivos que tenian para obrar así, y comprometer el honor prusiano en este sentido, ó declararse contra la Francia de aquella época, y luchar contra ella cuando Rusia y Austria se hallaban sobre las armas, pues lo demás era caminar á su perdicion de un modo que ni siquiera era honroso.

Napoleon se indignó sobre manera al enterarse de los despachos de Mr. de Luchessini interceptado por la policia, y mandó inmediatamente escribir á Mr. de Laforest advirtiéndole el envio de aquellos documentos, encargándole diese un solemne mentis á todas las alegaciones del ministro prusiano é hiciera retirarlos. Pero desgraciadamente era demasiado tarde, pues la opinion pública estaba ya tan prevenida que no podia dominarse de modo alguno. Mr. de Haugwitz por otra parte, embarazado con los diferentes papeles que se habia visto precisado á representar en el transcurso de un año, carecia del valor sufi-

ciente para tomar una resolución, no atreviéndose á ver al ministro de Francia, ni á decir á los ilusos cuyos sueños habia alimentado, que necesitaba dejarlos otra vez para irse á reunir con las personas de juicio, que á la sazón no abundaban ciertamente en Berlin.

Mr. de Laforest le halló incomodado, y eludiendo toda esplicacion; pero al cabo, despues de muchas idas y venidas logró verle y preguntarle cómo le habia abandonado hasta aquel punto su acostumbrada serenidad; cómo habia podido creer las falsas noticias inventadas por la Hesse, y los aventurados juicios formados por Mr. de Luchessini; porqué no aguardó ó trató de informarse con mas exactitud, antes de tomar unas resoluciones de tanta trascendencia como las que se habian anunciado públicamente. Turbado cada vez mas Mr. de Haugwitz á medida que iba penetrando en su entendimiento la luz oscurecida por un instante, sintió en extremo la conducta que habian observado, confesó sencillamente que el rey, la córte y hasta él mismo se habian dejado alucinar, y, por último, declaró que si no iban á ayudarle, tal vez tocarian en el escollo de la guerra, para perecer en él quizá; que nada habia perdido si Napoleón tenia á bien dar un paso cualquiera, que fuese una satisfaccion para el orgullo de las masas, y un motivo de tranquilidad para el gabinete; que este doble objeto se conseguiria alejando al ejército francés, acumulado hacia algun tiempo en los caminos de Prusia, que entonces podría darse orden para que no se hiciesen los armamentos, alegando para ello la retirada de las tropas francesas allende el Rhin. Mr. de Haugwitz

añadió que para facilitar las esplicaciones, iban á llamar á Mr. de Luchessini, y á enviar á Paris á Mr. de Knobelsdorf, hombre entendido y con quien se podia contar.

Napoleón hubiera podido consentir en dar el paso que pedian sin comprometer su gloria, pues nunca pensó en invadir á Prusia, contentándose únicamente con tomar algunas precauciones cuando se negó á ratificar el tratado de Schoenbrunn; pero despues solo pensaba en Austria y en las bocas del Cattaro, aunque tuviera que recurrir á las amenazas para que se las devolvieran; y aun así que se firmó el tratado celebrado con Mr. de Oubril, estaba dispuesto á conducir las tropas á Francia. Dió, pues, orden para formar un vasto campamento en Meudon, reunir allí al ejército grande, y celebrar para setiembre magnificas funciones; pero un suceso tan grave como imprevisto dificultó la realizacion de sus proyectos. Contra lo que esperaba, se negó el emperador Alejandro á ratificar el tratado de paz firmado por Mr. de Oubril, resolución que adoptó á instancias de Inglaterra, cuya córte recordó su fidelidad, y el empeño que acababa de manifestar por que no se hiciesen las negociaciones sin que Rusia tomase parte en ellas, pidiendo que en recompensa, rechazase un tratado celebrado intempestivamente, demasiado pronto, y con condiciones á todas luces desventajosas. Aunque el emperador Alejandro temia y mucho las consecuencias de la guerra con Napoleón, las temia algo menos al ver que Inglaterra andaba mas lenta de lo que él creia en arrojarle en brazos de Francia, y aun parece que habia columbrado alguna cosa de la agitacion que

reinaba en Prusia, y de lo posible que era hacer que aquella córte abrazase el partido de la guerra. Por último, como Alejandro tenia conocimiento de que el imperio germánico habia sido disuelto, lo cual habia aumentado la envidia en Rusia lo mismo que en las demas naciones, y el odio que tenian á Napoleon, se decidió a no ratificar el tratado de Mr. de Oubril. Sin embargo, contestó que estaba dispuesto á dar principio otra vez á las negociaciones, pero de acuerdo con Inglaterra; que aun daba á esta poderes para que entrase en tratos, con condicion de que se habia de dejar á la familia real de Nápoles, no solo la Sicilia, sino toda la Dalmacia, y de que se daria las Islas Baleares al rey del Piamonte.

El correo que llevaba estas noticias llegó á Paris, el día 3 de setiembre, precisamente en el momento en que toda la Europa se ocupaba de los armamentos de Prusia, y en que se pedia á Napoleon sacase de apuros á Mr. de Haugwitz y al rey Federico Guillermo, mandando retroceder á las tropas francesas. Napoleon por su parte empezó á desconfiar, se figuró que le hacian traicion, y acordándose de la conducta que Austria observó el año anterior, negando tantas veces y con tal obstinacion que estaba armando gente, cuando sus tropas se hallaban en marcha, se persuadió de que lo mismo seria aquella vez, que el repentino armamento de Prusia era una perfidia, y que corria riesgo de ser sorprendido en setiembre de 1806 como faltó poco para que lo fuese en setiembre de 1805. De consiguiente, no se hallaba muy dispuesto á retirar sus tropas de la Franconia, posicion militar importantísima, como veremos

bien pronto, para una guerra contra Prusia; además de que creia habia una coalicion por otra circunstancia. Mr. Fox, que hacia dos meses se hallaba enfermo, acababa de morir, de suerte que en un mismo año mataron á Mr. Pitt las fatigas continuadas del poder; y las primeras pruebas de ese mismo poder, á que por segunda vez ascendió, apresuraron la muerte de Mr. Fox. Con él bajaron al sepulcro la paz del mundo, y la posibilidad de una alianza fecunda entre Francia é Inglaterra: asi es que si esta ultima nacion perdió en Mr. Pitt á un grande hombre, mayor fué la pérdida de la Europa y la humanidad perdiendo á Mr. Fox, pues muerto este, el partido de la guerra iba á triunfar del de la paz en el seno del gabinete británico.

Sin embargo, aquel gabinete, no se atrevió á variar de un modo visible las condiciones de paz enviadas anteriormente á Paris, y como disgustado lord Yarmouth, hubiese abandonado las negociaciones, quedándose solo lord Lauderdale, mandóle su gobierno que presentase las peticiones de Rusia, las cuales consistian en reclamar la Sicilia y la Dalmacia para la córte de Nápoles, y las Baleares para el rey de Piamonte. Al presentar lord Lauderdale aquellas nuevas condiciones, obró en nombre de las dos córtes, y como si tuviese poderes de una y otra, de suerte que por esperar la ratificacion del tratado, perdió Napoleon la ocasion decisiva que se le presentaba de hacer las paces; engaño á que está espuesto lo mismo en el campo político que en el de la guerra el hombre de mayor talento.

Napoleon se enfureció en cierto modo, supo-

niendo mas y mas que existia contra él una conspiracion europea, por lo cual estaba mas inclinado á apelar á las armas que á ceder. En aquella época llegó á Paris Mr. Knobelsdorf, en reemplazo de Mr. de Lucchesini, y le recibió muy bien, afirmandole positivamente que no tenia proyecto alguno contra Prusia, y no comprendia qué queria de él, pues lo único que él deseaba era que cumplierse los tratados; que no pensaba en quitarle nada, y todo cuanto se habia dicho de esto era falso, con lo cual aludia á Mr. de Lucchesini, quien aquel mismo dia presentó las cartas en que le llamaban á la corte. Mostrándose en seguida tan franco como era hombre grande, añadió que en las voces que corrian solo habia una cosa verdadera, y era lo que se decia acerca del Hannover; que efectivamente habia dado oidos á Inglaterra sobre esto, y que viendo que la paz del mundo dependia de aquella cuestion, habia tenido el proyecto de dirigirse á Prusia á fin de esponerle la situacion de las cosas, y decirle á que escogiese ó la paz general, á costa de la restitution del Hannover, sin perjuicio de concederle una indemnizacion, ó la continuacion de la guerra contra Inglaterra, pero una guerra á muerte, y segun el grado de energia que quisiera darle el rey Federico Guillermo. Afirmó ademas, que en todo caso, no hubiera tomado resolucion alguna sin franquearse abiertamente con Prusia.

Una esplicacion tan leal debia desterrar todas las dudas, pero ademas era preciso dejar á salvo el orgullo de Prusia con algun acto de deferencia, y tal vez se hubiera prestado á ello Napoleon, si en aquel mismo momento no hubiese tenido des-

confianza, y sino hubiese creido en una nueva coalicion, que sino existia aun, debia existir bien pronto. Empero como escitado el ánimo de resultados de algun suceso, no puede uno juzgar á ciencia fija de lo que pasa en nuestros contrarios, previno á Mr. de Laforest se mantuviese en guardia, y dijese á Mr. de Haugwitz que Prusia no obtendria otras esplicaciones que las que ya habia dado á MM. de Knobelsdorf y Lucchesini; que en cuanto á la peticion relativa á los ejércitos, contestaba con una peticion exactamente igual; y que si Prusia daba contraorden acerca de los armamentos, se comprometia á hacer que inmediatamente pasasen el Rhin las tropas francesas. En seguida mandó á Mr. de Laforest que guardase silencio y esperase los acontecimientos, escribiéndole lo siguiente: «En situaciones como en la que nos hallamos, no debe darse crédito á protestas, por muy sinceras que sean al parecer: hemos sido engañados demasiadas veces, y necesitamos hechos; que Prusia desarme sus tropas, y los franceses pasarán el Rhin, pero lo que es antes no.»

Mr. de Laforest ejecutó fielmente las órdenes de su soberano, y no le costó trabajo convencer á Mr. de Haugwitz, porque estaba bien convencido por mas que se dejara llevar de los sucesos. Al gabinete prusiano no le bastaba recibir aclaraciones acerca de los intentos de Napoleon, sino que necesitaba una esplicacion palpable que poder dar á la opinion pública, y por lo que hace á él, hechos tambien, pero hechos claros y positivos, es decir la retirada de los franceses. Y gracias que se calmasen los ánimos con aquella medida, porque el orgullo prusiano reclamaba una satisfaccion,

y tanto ó mas necesario es darla cuando uno no tiene razon que cuando la tiene.

El rey y Mr. de Haugwitz dejaron que transcurriesen algunos dias mas, para ver si Napoleon decia algo que fuese mas esplicito y satisfactorio, y Mr. de Haugwitz decia á Mr. de Laforest:—Ese silencio lo echa todo á perder.—Efectivamente, ya no habia remedio: Prusia, con sus tergiversaciones que le grangearon la desconfianza de Napoleon, y Francia por no querer contemplarla, debian hacerse una guerra funesta, tanto mas sensible, cuanto que en el estado en que se hallaba el mundo eran las dos únicas potencias cuyos intereses podian conciliarse. Mr. de Laforest guardó silencio, segun se le habia mandado, pero su rostro decia lo bastante, si la córte de Prusia hubiese querido entenderlo y obrar conforme á lo que hubiese entendido. Ni el rey Federico Guillermo ni su ministerio acertaron á comprender tan significativo silencio, y todos los dias atravesaban por Berlin regimientos enteros, cantando canciones patrióticas, que el pueblo repetia en tumulto por las calles. En todas partes preguntaban cuando salia el rey para el ejército, y si era cierto que iba á quedarse en Postdam, á fin de volverse atrás de lo que antes habia resuelto, con lo cual se levantó tal griteria que fué preciso seguir el impulso de la opinion. El infortunado Federico Guillermo salió para Magdeburgo el dia 21 de setiembre, señal evidente de que iba empezar la guerra que esperaban en Alemania, y que Napoleon aguardaba por su parte en Paris. Desde aquel dia era inevitable, y ya veremos en el siguiente libro las terribles vicisitudes, las desastrosas consecuencias que

tuvo para Prusia, y los resultados gloriosos que alcanzó Napoleon, resultados que nos causarían suma satisfaccion sin mezcla de ningun otro sentimiento, si la política hubiese estado de acuerdo con la victoria.

FIN DEL TOMO SESTO.